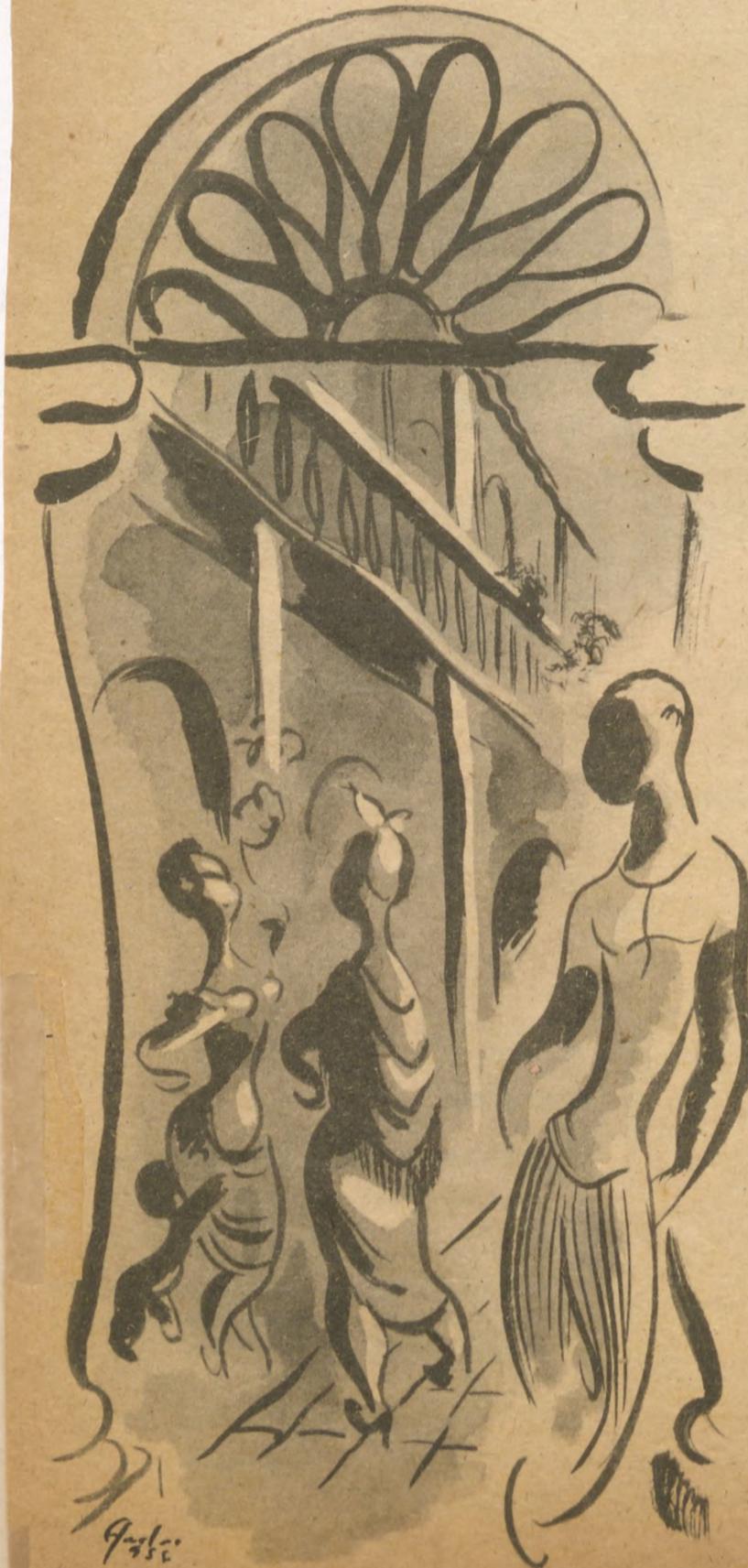


CROMOS DE AYER

SOLARES HABANEROS

Por MARIO DIAZ AGUIRRE

Dibujo de ANDRES



hembra", con sus sametes costumbristas, el que dió más popularidad a los típicos solares habaneros. Desaparecido ese vernáculo coliseo, la ciudadela humilde cayó en el más profundo de los olvidos. Ya nadie habla de las casas de vecindad. Sin embargo... ahí están ellas con sus angostas habitaciones, sus pilas sedientas, su promiscuidad y afrontando los vecinos la dictadura que gustan ejercer las encargadas o los encargados. Solares famosos rodaron bajo la piqueta demolidora del progreso, según la manoseada frase, pero quedan otros que no se dan por vencidos y que como los viejos generales, esperan morir con las botas puestas. No importa que nadie se ocupe ya de ellos. Pasaron de moda y apenas los viejos que viven de sus recuerdos son capaces de mencionarlos en sus charlas cargadas de dulces añoranzas. No es posible que puedan olvidarse del solar de "Quirino", harto famoso en el barrio de Colón; ni de "La California", el "Remeneo", "La Cueva de los Monos" o el del "Fanguito". ¿Verdad que los recuerdan aquellos de mis lectores que doblaron a tiempo el cabo de los cincuenta?

¡Ah, viejos solares habaneros que enriquecieron con sus anécdotas y sus episodios los archivos de "Alhambra" y propiciaron material copioso a las páginas de "La Caricatura"! Porque como antes dije, los saineteros alhambrescos encontraban en ellos los más apropiados asuntos para la confección de sus libretos. Agustín Rodríguez, Armando Bronca, Mas y López, Rúper Fernández, Gustavo Robreño y otros, llevaron a la escena simpáticos sainetes, que como "El Anillo de Pelo", "Las Chancleteras", "Montada en Flan" y "El Año Nuevo Turista", tenían cuadros completos que se desarrollaban en el patio de esas casas de inquilinato, o cuando menos, ligeras pinceladas de sucesos regocijantes. Y fueron nada menos que 40 años consecutivos de temporada en el teatrico de Consulado y Virtudes los que sirvieron de propaganda permanente a "La Pelusa", al solar de "La Tiñosa" y a tantos otros que escapan de mi mente.

En "La Caricatura" todas las semanas se escribía sobre las ciudadelas, porque ese hebdomadario, que tenía un crecido número de morbosos lectores, siempre andaba a la caza de tragedias más o menos sonadas. Y en sus páginas, de suave tinte rosado, se daban galeradas enteras de cosas horripilantes o festivas, utilizando como viñetas pavorosos puñales que goteaban sangre y mastodónticos pistolones que vomitaban balas... Además, si había sido sede el solar del "Sopapo" de un crimen pasional, expertos dibujantes, armados de plumillas y tinta china, "reconstruían" el hecho y se lo presentaban como plato fuerte a los lectores, destacando a la mujer trucidada por el amante despechado, cuya testa, separada del cuerpo, rodaba por el pavimento, por obra y gracia del machete vengador del marido burlado...

Por todas estas cosas los solares habaneros llegaron a ha-

de piquitos o la champola de guanábana. En cada barrio podían encontrarse bulliciosos y pender sus racimos de chicuelos y ombligudos, jugando a quimbumbia en el patio central.

El encargado, tiranuelo odioso, había prohibido las reuniones en la puerta, pero no podía evitar que en ella se estacionara durante horas y horas, aquel tipo de chancletas en la punta de los dedos, melena ensortijada, cigarro de arroz tras de la oreja y mirada avizosa para cuanto sucediera en el barrio. Era el eterno sin trabajo que, no obstante lamentarse de no encontrar "pega", vivía muy a gusto sin hacer nada, como no fuera cuentos que algunas veces dañaban la reputación de un semejante. Para charlar con él gustaba asomarse también la vecina de "malas pulgas"; aquella que a la más ligera provocación formaba la "tángana", porque ella sí que no temía "caminar pal muerto". Y la pardita de las caderas ampulosas y el diente de oro, siempre daba motivos de queja por su desmesurada afición al aseo personal. La acusaban de ocupar la pila de la colectividad durante muchas horas, todos los días, para lavarse la cabeza. Tanta exageración con el aseo de las trenzas—decían las malas lenguas—, no es más que pura coquetería. Y nunca podían estar tranquilos los vecinos. Cuando se disponían a dormir la siesta llegaba el apuntador de charada, que recorría los cuartos, uno por uno, en busca de "jugadas".

Algunos habían soñado con el caballo y le ponían un "cuartillo" al uno con pase para la araña. Otros se interesaban por el "verso" que decía: "Un elefante que camina por el tejado sin romper las tejas". Estaba claro como el agua: tirarían la paloma. Y así, con el perro, el marinero, el gato boca y el elefante, aquellos esclavos del "bicho" colgado o sin colgar, iban dejando en manos del apuntador todas las calderillas de que disponían para el "sopón" a base de falda y jarrete. Pero los "solariegos" solían divertirse también. Para eso contaban con "Melodía", tipo pintoresco que con cualquier pretexto formaba en su cuarto una rumba de cajón. No disponía de tumbadoras ni de bongoses, pero tenía en cambio una buena colección de cajas de fideos, leche condensada y envases para trabucos de velas. Y en la quietud de la noche daba a conocer el último guaguancó de su cosecha, acompañándose y haciéndose acompañar con cajones:

*"Que fin más malo tuviste.
Has perdido tu valer,
no cumples con tu deber,
a borracha te metiste".*

¡Ah, solares habaneros del buen tiempo viejo! Los que quedan han perdido su antiguo "cachet". Se han aristocratizado. Ya no se ven en sus puertas los farolitos rojos indicadores de que en ellos ensayaba alguna comparsa del carnaval. Ahora en las angostas habitaciones se contemplan aparatos de televisión. ¡Qué crimen!